



# CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

**Wilmar A. Ramírez López**

Pontificia Universidad Católica de Chile-ANID  
wnramirez@uc.cl

**Virginia Capote Díaz**

Universidad de Granada  
virginiacapote@gmail.com

## **Representar la violencia. Aproximaciones literarias al Conflicto Armado colombiano**

### **Representing violence. Literary Approaches to the Colombian Armed Conflict**

*“Cómo corre el campesino,  
¡caramba!,  
buscando donde escapar  
porque en los enfrentamientos,  
¡hombre!,  
no los vayan a matar”*  
(Rafael Moreno. En *Echavarría, Bocas de Ceniza* 20)

El Conflicto Armado Interno colombiano ha sido un proceso violento de larga duración que ha afectado durante más de sesenta años a la población colombiana en el campo y en las ciudades. Este conflicto ha dejado más de 260.000 víctimas mortales, de las cuales la mayoría han sido población civil. Del mismo modo se contabilizan cerca de 80.000 personas desaparecidas, según datos del

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). En cuanto al desplazamiento forzado, el último informe del Observatorio Global del Desplazamiento Interno<sup>1</sup> (IDMC) señala que al 31 de diciembre de 2019 la cifra era de 5,6 millones de personas desplazadas en Colombia. La brutalidad que enuncian estas cifras es aún más agobiante si se considera el subregistro existente en cuanto al impacto general de la violencia del conflicto en el país.

La violencia en Colombia ha tenido a lo largo de los años distintas intensidades, producto de las dinámicas políticas, económicas y sociales de los actores armados estatales y no estatales que en él han intervenido: fuerzas militares, policiales, grupos subversivos, paramilitares, narcotraficantes, organizaciones de delincuencia común y grupos residuales o emergentes post-procesos de desmovilización, paramilitares (BACRIM- GAOR- GAO<sup>2</sup>) o guerrilleros, además de disidencias de las FARC. Muchos de estos grupos armados han operado de manera conjunta en diferentes momentos del conflicto, estableciendo alianzas que conjugan legalidad e ilegalidad en sus prácticas y sus economías, logrando así ampliar sus repertorios de violencia y consolidar su dominación territorial por medio de la fuerza. Como señala el CNMH, la violencia en Colombia es el “producto de acciones intencionales que se inscriben mayoritariamente en estrategias políticas y militares, y se asientan sobre complejas alianzas y dinámicas sociales” (GMH 31) que incluyen, en algunos casos, a la población civil. En este complejo panorama se han configurado estos actores armados que, a través de un agenciamiento violento, han articulado demandas e intereses económicos y políticos, poniendo de manifiesto en algunos momentos, problemas históricos e ideológicos no resueltos. Esto sin desconocer que, en los últimos años, si algo denotan los grupos armados que continúan operando es una fuerte tendencia a la mercenarización.

En las disputas entre estos agentes armados por el territorio y las lógicas económicas asociadas a él, la espacialidad rural y la población civil han sido las

---

<sup>1</sup> <https://www.internal-displacement.org/countries/colombia>

<sup>2</sup> Bandas criminales- Grupos Armados Organizados Residuales- Grupos Armados Organizados.

más afectadas. El conflicto en Colombia ha tenido un carácter predominantemente rural, en esta espacialidad los distintos actores violentos han desplegado con mayor énfasis sus repertorios de violencia de manera directa o indirecta. El 90% de las acciones violentas: masacres, asesinatos selectivos, tomas armadas, reclutamientos forzados y violaciones se han dado en estas zonas<sup>3</sup>. Este reconocimiento no implica desconocer el fuerte impacto que han tenido las dinámicas del conflicto en las zonas urbanas, dinámicas que también han producido fuertes procesos de desplazamiento intraurbano e interurbano.

Del mismo modo en que la violencia del conflicto ha estado centrada en las zonas rurales, esta ha afectado principalmente a la población civil. Esto resulta evidente en algunas de las cifras que, hasta ahora, ha dejado este enfrentamiento armado. Según el Centro Nacional de Memoria Histórica, desde 1958 hasta 2018 el conflicto había dejado una cifra de 261.818 víctimas fatales<sup>4</sup>, de las cuales 215.005 eran población civil y 46.813 eran combatientes. Estas preocupantes cifras dan cuenta del modo en que la violencia de los actores armados se ha ensañado primordialmente contra la población más vulnerable.

El ataque a civiles ha funcionado en el marco del conflicto como una estrategia de los agentes de violencia para deslegitimar e intimidar, no solo al enemigo sino a la propia población. Sus acciones se consolidaron como un modo para hacerse una reputación violenta que generara precedentes y que evitara cualquier tipo de colaboración hacia el enemigo. Asimismo, estas acciones les permitían obtener, en determinados sectores de la población, cierta favorabilidad, que se transformara en recursos económicos y apoyo logístico. Esto último particularmente llevó a que, en algunos momentos del conflicto, los civiles fueran considerados como parte de las estructuras enemigas y, por esto, atacarlos era atacar al adversario. De esta manera, la población inerte quedó en medio del conflicto

---

<sup>3</sup> Según Naciones Unidas “18 de los 20 municipios más afectados durante las últimas décadas por la violencia se encuentran en el campo. Las víctimas, a menudo, sufren más las desigualdades por raza o por cuestiones económicas” (<https://magnet.xataka.com/en-diez-minutos/la-brecha-entre-la-colombia-rural-y-urbana-explicada-a-traves-de-9-graficos>).

<sup>4</sup> Cifras tomadas de: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/262-197-muertos-dejo-el-conflicto-armado/>

armado, al convertirse su corporalidad en un soporte en el cual los violentos inscribían los códigos de sus disputas territoriales, económicas y políticas.

En la heterogeneidad del conflicto se pueden encontrar, sin embargo, algunos rasgos interrelacionados que se han mantenido a lo largo del mismo: la ausencia estatal, la concentración de la tierra y las economías ilegales. En primer lugar, la ausencia estatal y la debilidad democrática en amplios territorios del país ha sido una de las constantes que se ha mantenido a lo largo del conflicto. Esta ausencia “ha sido capitalizada por grupos armados que articulan un aparato para-estatal, sostenido en la violencia y en el terror” (Ramírez- López 13) tanto en zonas rurales como urbanas<sup>5</sup>. Así, son las organizaciones violentas las que a través del monopolio de la fuerza ejercen el control social y económico en vastas regiones del país, y es justamente ese poder el que entra en disputa de manera constante dejando en medio a la población civil.

En segundo lugar, la disputa por la tierra define uno de los principales marcos interpretativos del conflicto colombiano. Este problema se inscribe en el centro mismo de la relación tanto entre agentes violentos, como entre estos y sus víctimas. En el informe: *Basta ya, Colombia: memorias de guerra y dignidad* (2013) del CNMH se plantea que “la apropiación, el uso y la tenencia de la tierra han sido motores del origen y la perduración del conflicto armado” (GMH, 2013, 21). En este sentido, gran parte de los procesos de victimización de la población civil se han debido a que esta ha quedado expuesta en medio de las disputas territoriales entre agentes violentos, que enfrentados por zonas estratégicas militar y económicamente han generado altas cifras de desplazamiento forzado y de muertes. Igualmente, esta victimización también se ha debido a las prácticas de despojo y apropiación violenta de la tierra. Diversos grupos armados,

---

<sup>5</sup> A propósito de la problemática del copiamiento de los territorios y las funciones “estatales” que cumplen los grupos armados en el contexto urbano puede revisarse el reciente reporte de octubre de 2020: “Gobierno criminal en Medellín: panorama general del fenómeno y evidencia empírica sobre cómo enfrentarlo” realizado de manera conjunta entre la Universidad EAFIT, la Universidad de Chicago e *Innovations for Poverty Action* (IPA). En este informe se destaca, entre otras cosas, la existencia en la ciudad de Medellín de por lo menos 350 *combos* organizados, que operan detentando la autoridad, cumpliendo funciones estatales y monopolizando la violencia en los territorios donde ejercen control.

principalmente paramilitares, “al servicio directo o indirecto de grandes terratenientes o de capitales transnacionales, se han encargado de desplazar violentamente a comunidades de sus territorios, contribuyendo así a la concentración de la tierra, la riqueza y el poder, y abriendo los territorios a la explotación económica extractivista” (Ramírez-López 13-14).

En tercer lugar, las economías ilegales asociadas principalmente al narcotráfico siguen siendo uno de los más importantes motores de la violencia en el país, un ejemplo de esto lo constituye la intensificación del conflicto que se ha dado en los últimos años en la costa pacífica colombiana, donde se vive una intensa lucha por el control de los territorios y las rutas para el tráfico de droga hacia centro y norte América. Los grandes flujos de capital asociados a esta economía son un terreno en constante disputa, pues se trata de un mecanismo de financiamiento que permite, entre otras cosas, ampliar la capacidad armamentística y militar de los grupos ilegales, lo que, en la lógica cíclica del conflicto, facilita sus procesos de expansión y dominio territorial; en este punto el ciclo se reinicia creciendo exponencialmente.

En este contexto de ausencia estatal y disputa por la tierra, para su explotación económica legal e ilegal, se inscribe una de las manifestaciones más preocupantes del conflicto en los últimos años, esto es, el asesinato sistemático de líderes y lideresas sociales y defensores de los derechos humanos. Según cifras de la Defensoría del Pueblo entre 2016 y 2019 fueron asesinados 555 líderes sociales en el país; por su parte las organizaciones sociales Cumbre Agraria, Campesina Étnica y popular, Marcha Patriótica e Indepaz, entregaron en julio de 2020 a la Fiscalía General de la Nación un listado con los nombres de 973 líderes asesinados desde 2016. Asimismo, según datos de Indepaz<sup>6</sup> durante el 2020 han sido asesinados 293 líderes sociales. El panorama es más que preocupante, sin embargo, el gobierno colombiano encabezado por Iván Duque no ha tomado ningún tipo de medidas estructurales para detener esta masacre, por el contrario, sigue impulsando políticas que, por un lado, contribuyen a la explotación del territorio en detrimento

---

<sup>6</sup> <http://www.indepaz.org.co/lideres/>

de las comunidades y, por otro lado, minan y deterioran aún más los acuerdos de paz firmados en 2016 con la guerrilla de las FARC.

La crítica situación de violencia contra los líderes sociales en Colombia es un tema de difícil análisis por la variabilidad de causas que determinan estos procesos de victimización (amenazas, atentados, secuestros, desapariciones forzadas, asesinatos). No obstante, se evidencia que un alto porcentaje de los líderes asesinados eran reclamantes de tierras, promotores de la sustitución de cultivos, figuras que buscaban ser representantes políticos o líderes ambientales (Ávila 2020). Cada uno de estos casos se relacionan de manera directa con esos ejes determinantes del conflicto antes mencionados: la ausencia estatal (debilidad democrática y no representatividad política), las economías ilegales y el problema de la concentración y explotación de la tierra. Esto da cuenta de la urgencia de abrir un debate estructural sobre estas problemáticas, que durante décadas han sido negadas.

Frente a esta preocupante situación de los líderes sociales asesinados reina en general un sentimiento de ajenedad, tanto por parte de los estamentos gubernamentales como por parte de la población en general. Al respecto señala Ariel Ávila en su texto *¿Por qué los matan?* (2020) que: “la particularidad de este fenómeno es que la mortandad parece invisible. Si bien es clara la sensibilidad que despiertan los casos, pareciera que la mayoría de la población ve la victimización como una tragedia de alguien ajeno a nuestra sociedad, es decir, muchos lamentan los homicidios, pero piensan que al final no los afectan” (13). En este punto se hace visible un problema central en relación con el conflicto en Colombia, este es el tema de la sensibilidad o más bien de la insensibilidad con respecto al fenómeno de la violencia.

La modulación constante de la violencia en el país, desde los años cincuenta (cuyos antecedentes pueden rastrearse en las décadas del cuarenta y el treinta, e incluso, hay quienes, con suficiente razón, encuentran sus orígenes en las guerras civiles de inicios del siglo XX) ha terminado por producir un proceso de anestesiamiento frente a la misma, pues la violencia se normaliza en un proceso de

cotidianización. La convivencia constante con amplios y variados repertorios de violencia, en términos fácticos y representacionales, inevitablemente deja de representar un estímulo. En el marco de la cultura mediática la sensibilidad es saturada hasta producir un anestesiamiento sensorial, que producto de la hiperestimulación deviene a su vez en una “hipertrofia de lo sensitivo [que anula] cualquier posibilidad de distanciamiento reflexivo o crítico” (Ferrés 26). Esto trae consigo una pérdida de la experiencia y una banalización del problema. En este sentido, no puede producirse en los sujetos ningún tipo de agenciamiento frente a la violencia, pues esta es natural, es el grado cero que constituye la normalidad (Zizek 2009). Se trata de esa violencia sistémica u objetiva que se hace imperceptible por ser parte constitutiva y estructurante de la cotidianidad.

### **Representaciones del conflicto**

El conflicto colombiano es un proceso de difícil análisis por la larga duración que ha tenido, la diversidad y mutabilidad de los agentes que en él han intervenido y las dinámicas particulares con las que éste se ha inscrito en cada territorio, afectando de múltiples maneras a las poblaciones humanas y no humanas que lo habitan y deteriorando irreversiblemente los ecosistemas. Por todo esto, la violencia del conflicto es sin duda el eje interpretativo central de la realidad social, económica, política y cultural del país. En las ciencias sociales y las artes en general este ha sido uno de los marcos epistemológicos primordiales para desarrollo, así, desde estos campos se han realizado importantes aproximaciones al problema, buscando ofrecer miradas interpretativas que permitan, por una parte, entender las lógicas internas que han mantenido este fenómeno a lo largo del tiempo, y por otra, comprender las amplias consecuencias que este problema ha generado en la sociedad y en el territorio colombiano.

Específicamente, en el campo de la representación literaria este fenómeno ha sido ampliamente trabajado, desde la literatura de *La Violencia*, pasando por la sicaresca o *literatura del sicariato*, hasta la narcoliteratura o la literatura testimonial, entre otras categorizaciones más específicas. En general, estas

*narrativas del conflicto* han respondido a distintos momentos de la violencia en Colombia y, en algunos casos, han servido como ejes problematizadores de la misma, mientras que en otros, han terminado contribuyendo a la normalización del problema al ser asimiladas por el mercado editorial globalizante que promociona la violencia como realidad característica e identitaria de Colombia (Capote Díaz, 2019) y que tiende a hipertrofiar unas realidades violentas que aparecen desligadas de su contexto (Rueda, 2009, 42).

En este contexto, el campo de la representación literaria, y la crítica que se hace de esta, se constituyen como espacios en disputa que se articulan en constantes desplazamientos, movilizand o otras sensibilidades y activando significantes disruptivos que desestabilizan los discursos hegemónicos de normalización de la violencia e institucionalización de la memoria. En este sentido, se trata de una búsqueda por mantener abierta la discusión crítica sobre el problema del Conflicto Armado en Colombia, de forma que se puedan cuestionar y poner en confrontación los imaginarios y discursos oficiales que configuran unos modos de organización política y social que legitiman y reproducen violencias estructurales, las cuales operan en términos simbólicos y materiales en detrimento de comunidades y territorios ampliamente precarizados e invisibilizados.

En esta línea de ideas, el presente dossier: “Violencia, sexualidades y política: Aproximaciones al conflicto armado interno colombiano en la literatura reciente (2005-2020)” se ha propuesto abrir un espacio de discusión crítico entre académicos de diversas latitudes sobre algunos textos de la literatura colombiana que, desde modulaciones narrativas, poéticas, dramatúrgicas y periodísticas buscan descentrar, ampliar y complejizar las perspectivas existentes sobre el problema de la violencia en el país. En ellas, emergen problemáticas y enfoques que interseccionan prácticas violentas como las masacres, las violaciones y el desplazamiento forzado, además de violencias simbólicas asociadas con categorías de género, raza y clase, con diversas técnicas narrativas y poéticas que, por un lado, territorializan y humanizan a víctimas-victimarios en un trabajo de visibilización y, por otro lado, operan en un sentido inverso, representando procesos de

desterritorialización y desubjetivación como formas de producir un efecto de extrañamiento frente a determinadas prácticas de violencia que fracturan al sujeto en su relación consigo mismo y el medio.

El primer ensayo que abre este dossier, “Tierra quemada de Óscar Collazos como alegoría del desplazamiento en Colombia”, Reindert Dhondt explora la representación de la violencia del desplazamiento en la novela de Óscar Collazos, *Tierra quemada* (2013), considerada en el texto como una manifestación del “revés de la nación”. Haciendo uso del potencial de la alegoría barroca —que complejiza y produce extrañamiento— para trazar una conexión con el diálogo que el autor establece entre la estética del experimentalismo formal y la estética mimética y comprometida a lo largo de su producción literaria, Donth señala la manera en la que Collazos, situándose más en el plano de la ética que en el del espectáculo, aborda la experiencia de las víctimas de la migración forzada. Para ello, y acudiendo a Pécaut, hace uso del triple proceso de desintegración que experimentan los personajes/las víctimas: *destemporalización, desterritorialización y desubjetivación*.

En el siguiente artículo, “Giro rural y memorias del conflicto armado en la novela colombiana del siglo XXI” Sebastián Saldarriaga hace una lectura del denominado “giro rural” en dos novelas colombianas: *Los derrotados* (2012) de Pablo Montoya y la última novela de Juan Cárdenas, *Elástico de sombra* (2019). En estas novelas la violencia del conflicto colombiano se espacializa en la ruralidad visibilizando los modos específicos en que esta ha impactado esas territorialidades, a través de procesos de explotación sistemática que han afectado de forma irreversible tanto los ecosistemas como a las comunidades que los habitan, sin desconocer las agencias políticas que allí emergen. Estas narraciones del giro rural, como señala Saldarriaga, constituyen de esa manera una búsqueda ética y estética, que al historizar y particularizar la violencia en relación con esta espacialidad reactualiza la potencia transformadora de la memoria en el contexto del conflicto armado colombiano.

En su aspiración por conectar la actualidad con sus causas históricas, Jorge Enrique Blanco García, en “Silencios y Repeticiones de la violencia en Colombia. La novela histórica como ontología crítica del presente”, analiza las novelas *El Crimen del siglo* (2006) de Miguel Torres, situada en el Bogotazo, y *Tanta sangre vista* (2007) de Rafael Baena, ambientada en la violencia decimonónica, desde la importancia de la novela histórica contemporánea como un artefacto de crítica del presente y del tejido contemporáneo. Blanco García defiende la escritura de estas obras como “experiencias de autoconstitución de subjetividades” que vienen a evidenciar y denunciar irregularidades y abusos del poder en Colombia a lo largo de la historia.

Más adelante se encuentra el trabajo, “El periodismo literario del conflicto en Colombia: Olga Behar, *El clan de los doce apóstoles* y María T. Ronderos, *Guerras recicladas*” en el que Elvira Sánchez-Blake realiza una aproximación al problema del paramilitarismo desde el discurso periodístico, a través del comentario crítico de estos dos importantes textos sobre esta violencia en Colombia. En este artículo, la autora analiza las técnicas narrativas utilizadas por Behar y Ronderos en diálogo con los conceptos Barthesianos de *punctum* y *studium*. Desde ese lugar, Sánchez-Blake destaca cómo algunas narrativas sobre el conflicto oscilan entre esas dos modulaciones: la de la visión panorámica y la de la entrada en detalle. De este modo, textos como los analizados, que representan un periodismo comprometido con la verdad y la memoria, logran producir discursivamente una entrada incisiva en el problema de la violencia paramilitar exponiendo la herida que, abierta ante todos, ha sido invisibilizada por el *poder* y sus discursos oficiales.

En concordancia con el tema del paramilitarismo se presenta el siguiente texto: “Perspectivas múltiples del conflicto paramilitar en dos novelas colombianas recientes: *Viaje al interior de una gota de Sangre* (2011) de Daniel Ferreira y *El espantapájaros de Ricardo Silva Romero* (2012)”. En él, Ingrid Urgelles y Danilo Santos realizan un acercamiento a dos representaciones literarias de la violencia paramilitar, centrándose específicamente en los modos en que son narradas las



masacres perpetradas por estos grupos armados en contra la población civil. En su análisis, Urgelles y Santos destacan el multiperspectivismo que constituye a ambas novelas, el cual permite que el relato de la violencia se *desautomatice* y tome distancia del reduccionismo de la cifra o el dato duro de los discursos legalistas o simplificantes. Este perspectivismo, que apunta en distintas direcciones en cada una de las novelas, en Ferreira enfocado en las víctimas y en Silva Romero enfocado en los victimarios, no solo produce un efecto de extrañamiento frente al acontecimiento, sino que también da espesor y complejiza la representación misma de la violencia. En este sentido, este recurso literario de “saturación estética”, implosiona el relato mismo ampliando los márgenes de la representación hacia otros horizontes de sentido, al multiplicar las significaciones del acontecimiento violento en diversas modulaciones no reductibles o simplificables entre sí.

A continuación, partiendo del género más visible de la literatura colombiana sobre la violencia —la narrativa— Luz Mary Giraldo traza en su ensayo “¿Súplica inaudible? Poesía y violencia en poetisas colombianas” una necesaria panorámica sobre la poesía de la violencia y el conflicto armado colombiano escrita por mujeres, considerada en el texto como testimonio directo de la violencia acaecida en distintos lugares del país. La autora refleja cómo poetisas contemporáneas como María Mercedes Carranza, Piedad Bonnett, Miryam Alicia Sendoya, Mery Yolanda Sánchez, Luis Fernanda Trujillo, Beatriz Vanegas Athías, Camila Charry, Andrea Cote y Diana Carolina Sánchez ofrecen distintas imágenes de la guerra, la muerte, la destrucción y la sangre a través de diferentes estéticas y usos del lenguaje.

El artículo siguiente es “De masculinidades, distorsiones y fracturas. Una mirada a tres obras de dramaturgas colombianas” en el que Karen Cabezas analiza el concepto de masculinidad presente en tres obras dramáticas colombianas: *Gallina y el otro* de Carolina Vivas, *El dictador de Copenhague* de Martha Isabel Márquez Quintero y *Si el río hablara*, creación colectiva de Nora González, Alexandra Escobar y César Badillo. En su análisis, Cabezas plantea que en estas dramaturgias, ambientadas en el Conflicto colombiano, predominan masculinidades prototípicas que afirman rasgos, valores y roles asociados a las

masculinidades hegemónicas: la heterosexualidad, la fortaleza-vigorosidad y la protección (proteger-proveer). Sin embargo, en ellas emergen también otras masculinidades, unas fracturadas, por las situaciones límites del conflicto, y otras disruptoras, que exponen subjetividades sostenidas en la negación (no fuertes, no valientes, no protectoras) que tensan la noción misma de masculinidad heteronormada.

En consonancia con esta problematización sobre el género, Wilmar Ramírez-López en “Articulaciones de la violencia contra la mujer en el marco de las narrativas del conflicto armado colombiano” explora las representaciones de y sobre la mujer en tres novelas escritas en los últimos años: *Era mucho el miedo* (2016) de Gloria Inés Peláez, *La fruta del borrachero* (2018) de Ingrid Rojas y *La sembradora de cuerpos* (2018) de Philip Potdevin. El énfasis del análisis de Ramírez-López radica en analizar las formas en que la violencia estructural se inscribe y manifiesta simbólica y materialmente en los cuerpos de las mujeres en los contextos del conflicto armado representados. Así, este trabajo expone los regímenes contractuales que, estructurados en las lógicas de la dominación patriarcal, definen y determinan unas relaciones de género mediadas por diversos repertorios de violencia, que tienden a la afirmación, legitimación y reproducción de un orden social en el que unas subjetividades “masculinas” se imponen en detrimento de otras “femeninas”.

En línea con el análisis anterior, Janneth Español en su trabajo “Pilar Quintana y Melba Escobar. Disensos y consensos en las novelas *La perra* y *La mujer que hablaba sola*” se vale del feminismo para indagar en el potencial ideológico de dos de las nuevas voces más actuales de la narrativa colombiana escrita por mujeres. Desde la filosofía de Rancière y los postulados de Federici, fundamentalmente, el artículo plantea un análisis que demuestra la forma en la que estas autoras, con novelas como *La perra* (2017) y *La mujer que hablaba sola* (2019), arman un poderoso contrapunto a las formas tradicionales de representación de la violencia en el país ancladas en discursos patriarcales que viene reforzado en su base por la mirada y la experiencia femenina. El trabajo, a su vez, proyecta

reflexiones acerca de la situación de invisibilidad actual de las escritoras colombianas en relación con los escritores varones de su generación.

Finalmente, cierran el dossier dos reseñas actuales de amplio recorrido crítico escritas por Kristine Vande Berghe y Priscila Gac-Artigas. La primera sobre el relevante trabajo de María Ospina Pizano *El rompecabezas de la memoria. Literatura, cine y testimonio de comienzos de siglo en Colombia* (2019) y la segunda sobre el poemario *The New York City Subway Poems/Poemas del metro de Nueva York* (2020) de Carlos Aguasaco. Estos textos finales vienen a completar el panorama de voces y perspectivas del conjunto de ensayos.

### Bibliografía

- Ávila, Ariel. *¿Por qué los matan?*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2020.
- Capote Díaz, Virginia « Périphérie et identité locale ? Approche cartographique du marché éditorial indépendant colombien », *Caravelle*, 113 | 2019, 77-90.
- Echavarría, Juan Manuel. *Bocas de Ceniza*. Milán: Edizioni Charta, 2005.
- Ferrés, Joan. *Educación en una cultura del espectáculo*. Barcelona: Paidós, 2000
- Grupo de Memoria Histórica (GMH). *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional, 2013.
- Ramírez-López, Wilmar. “Sobre la intensificación de la violencia en Colombia”. *Boletín DDHH y Memoria* N°10, 2020, p. 13-16.
- Rueda, María Helena, «Dislocaciones y otras violencias en el circuito transnacional de la literatura latinoamericana», *Literatura y globalización. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 69, 2009, p.69-90.
- 
- Žižek, Slavoj. *Sobre la Violencia: Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós, 2009.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).